

**VISPERAS DE LA SOLEMNIDAD DE SAN PEDRO Y SAN PABLO,  
APOSOTOLES  
(Sábado 6 pm)**

Queridos Hermanos y hermanas:

Celebrar hoy las Vísperas de la Solemnidad de San Pedro y San Pablo es como contemplar el corazón palpitante de la Iglesia primitiva. Es mirar el origen de una misión que, comenzando en las costas de Galilea y las calles de Jerusalén, ha incendiado el mundo entero con la luz de Cristo. Pedro y Pablo son los dos pilares colosales que sostienen el edificio visible de la Iglesia. Sus vidas fueron tan inmensas, tan radicales, tan encendidas por el Espíritu Santo, que el mundo no volvió a ser el mismo después de ellos.

El pasaje de los Hechos que hemos proclamado nos sitúa en la cotidianidad del Templo. Pedro y Juan suben a la hora de la oración, y en ese marco rutinario sucede lo inaudito. Se encuentran con un hombre lisiado de nacimiento, símbolo de una humanidad postrada, sin fuerza, sin horizonte. Él pide limosna, una ayuda pequeña, pero Pedro le ofrece algo inmensamente mayor: le ofrece el poder del Nombre de Jesús. *“No tengo plata ni oro, pero lo que tengo te doy: en el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda”* (Hch 3,6).

Esta escena resume la misión de Pedro y de toda la Iglesia: no dar al mundo cosas, sino dar a Cristo; no ofrecer consuelos temporales, sino la vida nueva que sólo Él puede dar. El milagro no es simplemente una curación física. Es un signo sacramental de lo que el Evangelio hace en el alma humana: la levanta, la hace danzar, la llena de alabanza. El tullido no sólo camina: entra al templo con ellos, saltando, alabando a Dios.

Pedro ya no es el pescador miedoso que negó al Señor, sino un testigo valiente, lleno del Espíritu. Su palabra es poderosa porque está ungida por el fuego de Pentecostés. Él ha sido transformado: de piedra movediza a roca firme. Esta es la gracia del ministerio apostólico cuando se deja modelar por Cristo.

Y es precisamente ese Pedro restaurado por el amor el que contemplamos en el Evangelio de hoy. Jesús no lo reprende, no le lanza en cara su traición. Lo único que hace es preguntarle tres veces: ¿Me amas? Como si dijera: Pedro, ¿hay en ti todavía un fuego que no ha sido apagado? ¿Está tu corazón dispuesto a arder por Mí?

Pedro responde con humildad. No presume. Ya no dice: *“Aunque todos te abandonen, yo no”*. Ahora simplemente afirma: *“Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te amo”*. ¡Qué respuesta más profunda! Ya no nace del orgullo, sino de la verdad. Jesús no le pide perfección, le pide amor. Y con cada respuesta, Pedro recibe una misión: *“Apacienta mis corderos... pastorea mis ovejas”*.

La misión brota del amor. Sólo quien ama de verdad a Cristo puede ser Pastor de su pueblo. Y ese amor debe estar dispuesto a llegar hasta la cruz. Pedro lo entiende. El que antes huyó del sufrimiento, ahora abraza su destino. ¡Ser conducido adonde no quiere ir! Y allí glorificar a Dios con su muerte.

Pedro y Pablo no fueron iguales, pero fueron inseparables. Uno pescador, el otro fariseo. Uno testigo directo de la vida terrena de Jesús, el otro llamado por Él desde el resplandor de su gloria. Uno, cabeza del colegio apostólico; el otro, incansable misionero de los gentiles. Ambos, sin embargo, derramaron su sangre por el mismo Señor y por la misma Iglesia.

Esta fiesta no es un simple recuerdo, es una sacudida espiritual. Es un terremoto de gracia que nos grita: ¡Despierta, Iglesia! ¡Sé valiente como Pedro,

ardiente como Pablo! ¡Rompe tus cadenas de miedo, mediocridad o rutina!  
¡Camina, salta, alaba, predica!

Celebrar a Pedro y Pablo es recordar que la Iglesia no es un museo de reliquias, sino un taller de apóstoles vivos. Que no basta con admirar a los santos del pasado, sino que es urgente encendernos con su misma pasión por Cristo.

Que esta solemnidad no nos deje indiferentes. ¡Dios no quiere cristianos tibios, sino almas encendidas como antorchas que ardan hasta consumir el mundo en el fuego del Evangelio! Que cada uno de nosotros pueda decir: “Señor, tú sabes que te amo”. Y que ese amor nos haga capaces de caminar, como Pedro, hacia el martirio; y de predicar, como Pablo, hasta los confines del mundo.

¡Que Pedro nos dé firmeza, y Pablo, celo por el evangelio! ¡Que uno nos ancle en la fe, y el otro nos empuje en la misión! ¡Y que ambos nos enseñen que vale la pena perderlo todo por ganar a Cristo!